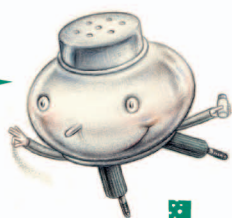


Ana Alonso

El castillo de vapor

Ilustraciones
de Mercè Canals

ANAYA



PIZCA DE SAL



1.ª edición: marzo 2012

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2012

© De las ilustraciones: Mercè Canals, 2012

© De las fotografías de cubierta: Getty Images; Javier Sánchez/Anaya

© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya (6x6 Producción Fotográfica; Calonge, N.; Candel, C.; Cosano, P.; Muñoz, J.C.; Rivera Jove, V.; Ruiz Pastor, I.; Sánchez, J.; Zuazo, A.H.; Steel, M.; Padura, S.)

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.anayapizcadesal.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-667-2952-5

Depósito legal: M. 4082/2012

Impreso en Anzos, S. L.

28942 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

El castillo de vapor

Ilustraciones
de Mercè Canals



ANAYA

CAPÍTULO 1

—No me hagas reír, Enid —dijo Bert—. Ahora va a resultar que crees en la ciencia. Solo los idiotas y los niños pequeños creen en la ciencia. ¿Cómo es posible que alguien tan inteligente como tú se deje engañar por esas tonterías?

Enid miró a su mejor-amigo con el ceño fruncido, mientras se preguntaba muy seriamente si, después de lo que acababa de oír, no sería mejor retirarle para siempre el título de «mejor-amigo».

—Tengo razones para creer en la ciencia —contestó con orgullo—. Razones que tú no podrías entender, Bert; eres demasiado pequeño.

—¿Demasiado pequeño? ¡Enid, tengo exactamente dos semanas y tres días menos que tú!

—Es lo que acabo de decir —insistió Enid—. Demasiado pequeño.

Enid y Bert se miraron desafiantes durante unos segundos. Los dos eran amigos desde los seis años, pero Enid le llevaba ventaja a Bert en muchos aspectos:

en primer lugar, era la hija del rey de Occam, mientras que Bert solo era el príncipe de un pequeño reino de trescientos habitantes, y tenía cuatro hermanos mayores que iban delante de él en la línea sucesoria. Es decir, que jamás sería rey, mientras que Enid, si todo iba bien, sucedería algún día a su padre, el rey Tristán, en el trono. Pero además, por si eso fuera poco, Bert vivía en el palacio de Enid como invitado. Sus padres le habían enviado allí para aprender magia con el mejor profesor del mundo, el gran Lucius. Solo volvía a su casa en las vacaciones de verano.

Y aun así, se permitía el lujo de llevarle la contraria a Enid una y otra vez. Era irritante.

Pero no lo hacía con mala intención. Lo que le ocurría a Bert es que era incapaz de callarse sus opiniones. Y tenía opiniones propias sobre casi todo. Opiniones que no solían coincidir con lo que pensaba el resto de la gente, y menos aún con lo que decían los viejos libros. Tenía una mente «creativa», o eso era al menos lo que decía de él su maestro, Lucius. Por eso era tan mal estudiante de magia. Siempre se empeñaba en añadir a los hechizos de entrenamiento algún detalle inventado por él. Y claro, no le funcionaban nunca.

Pero Enid no era mucho mejor en sus clases de magia, eso tenía que reconocerlo. En su caso, el problema era, según Lucius, que tenía demasiado «espíritu crítico». En lugar de aceptar las viejas fórmulas y repetirlas sin más, siempre tenía que cuestionarlas. Empe-

zaba a preguntar por qué había que hacer el sortilegio así y no de otra manera, y si no sería mejor probar algo distinto, a ver qué ocurría.

Lucius se desesperaba con ellos.

—La magia de Occam se basa en los libros antiguos, heredados de nuestros antepasados —les explicaba cada vez que ponían a prueba su paciencia—. En los libros está todo: los encantamientos, las fórmulas, los hechizos. No sabemos cómo funcionan, pero funcionan. Y gracias a ellos, el reino de Occam disfruta de una prosperidad que sin la magia no sería posible.

—Sí —gruñía Enid en voz baja—. Y gracias a ellos, tenemos que soportar a Malena.

Malena era la Gran Maga Real, el personaje más importante del reino después del rey. Pero, al parecer, eso no era suficiente para ella. Siempre estaba enfadada con todo el mundo porque las cosas no se hacían a su manera, y terminaba echándole la culpa al rey Tristán.

—En los tiempos del mago Marc, las cosas no eran así —se quejaba Malena, clavando sus hermosos ojos azules en el rey—. Aquí se respetaba la magia. Era lo primero para vos, Majestad, y también para vuestros súbditos. El mago Marc desayunaba, comía y cenaba a vuestra mesa.

—Pero Malena, es que Marc y yo éramos muy amigos —replicaba el rey—. No me interpretes mal, no es que yo no te aprecie. Y, por supuesto, si quieres de-

sayunar, comer y cenar a mi mesa, estás invitada. Siempre que quieras.

—Gracias, Majestad, pero vuestra dieta no es precisamente saludable para alguien que se dedica a la magia. ¿Cuánto tiempo hace que no coméis ojos de serpiente, por ejemplo? ¿O pastel amasado con harina de escamas de dragón?

—Querida, los dragones son difíciles de conseguir en estos tiempos.

—¡Excusas! —vociferaba Malena—. No os interesa la magia, y no cuidáis lo suficiente vuestras dotes mágicas. Incluso insistís en confiarle la educación mágica de la princesa Enid a Lucius, ese viejo sin sesera. Si me la dejarais a mí.





Pero cuando se trataba de la educación de Enid, el rey Marc se mostraba inflexible. No estaba dispuesto a permitir que Malena le amargase también la vida a su hija. Bastaba con que se la amargase a él.

Y es que el rey Marc tal vez no fuese el mejor gobernante de la historia de Occam, pero era un buen padre.

Aquella mañana, antes de que Bert se metiese con Enid por el asunto de la ciencia, los dos estaban justamente hablando del rey Tristán. De lo triste que estaba en los últimos años, y de lo mucho que echaba de menos a su amigo Marc.

Entonces fue cuando a Enid se le escapó. No se lo había dicho nunca a nadie, aunque hacía años que lo sabía: el mago Marc no había desaparecido en medio de uno de sus hechizos mágicos. No había sido un accidente, como creía todo el mundo. Y tampoco habían acabado con él los enemigos de la magia, como sugería a veces Malena. No: el mago Marc, sencillamente, había emigrado. Se había ido a vivir a otro lugar. Un lugar distinto. Un lugar donde no existía la magia, sino la ciencia. Un lugar que no aparecía en los viejos libros. Pero Enid sabía su nombre. Lo había encontrado garabateado en uno de los viejos volúmenes de hechizos de Marc. Aquel lugar donde no existía la magia se llamaba «Tierra».